

poco de la salud, poco menos que los que no la reciben.

Hermano: San Bernardo dice que muchos tienen costumbre de ser oradores [hacer oración], y no tienen vida de oradores; porque el que trata con Dios en la oración un rato, hásele de parecer en lo demás de la vida. Que si vos lloráis en la oración, y cobráis alguna mejoría, y por hablar y reír, perdéis lo que allí ganasteis, nunca en vuestra vida enriqueceréis, ni saldréis de pobreza y miseria. Si os llegáis (11) a la mesa del Señor, y recibís al mismo con razonable aparejo, y vais confortado y santificado por haber participado de la fortaleza y santidad verdadera, y os sentáis a otras mesas llenas de parlería, de diversidad y muchedumbre de manjares, y muy más despacio que estuvisteis en la mesa del Señor, no os maravilléis que esté vuestra ánima flaca, pues la salud que aquí recibió, allí la perdió.

La vida cristiana no es cosa que consiste en un punto sólo. Cosa junta es, como una cadena que contiene en sí muchos eslabones, que se han de llevar todos juntos, o dejar todos juntos; y quien quisiere gozar bien de los frutos de este divino Manjar, toda la vida ha de ordenar de manera que sirva, o para bien recibir aquesta salud, o para guardarla después de alcanzada.

Mirad que cuando toma el enfermo alguna medicina, dícenle que repose sobre ella, para que obre su efecto; y si no lo hace así, no sólo perderá el provecho de ella, mas si sale luego a que le dé el aire, por ventura le fuera mejor no haberla recibido. ¿Cómo queréis vos que obren en vos los excelentísimos frutos de esta celestial medicina, después que la habéis recibido, si en lugar de estar recogido un buen rato, agradeciendo la merced recibida, y gozando del Huésped que en vuestras entrañas tenéis, os salís luego al aire de los temporales negocios? Y plega a Dios que no sea a hablar y murmurar, y no sólo no saquéis fruto de tan gran merced, mas cometáis pecado nuevo, por el desacato que come éis en no hacer presencia y estar en conversación con nuestro Dios y Señor,

---

(11) Las ediciones consultadas dicen: *Si no os llegáis*, pero el contexto pide: *Si os llegáis*.

que tan benignamente ha concedido (12) a venir personalmente a visitaros.

Cosa nunca vista y de tan mala crianza, que suplicando vos a un rey que venga a vuestra ca a a veros, que estáis enfermo, y a remediar vuestras necesidades, que en entrando él por la puerta de vuestra cámara, os levantéis vcs, y va[yá]is a entender en otros negocios: ni se hace con reyes, ni con grandes señores, ni con hombre a quien se tenga respeto, por pequeño que sea. Sosegaos, hermano, para que obre en vos esta divinal medicina; y después en vuestra casa tened algún lugar señalado donde con reposo del cuerpo entendáis en considerar vuestras enfermedades, y las gimáis, y os castigáis por ellas, y pidáis al Señor medicina, y las tengáis tan sabidas y tan en la uña; que después de haberlas llorado en la confesión, vengáis a esta mesa sagrada y sepáis contar al celestial Médico qué enfermedades tenéis, dónde os duele, y se las presentéis, con esperanza que, pues por tocar un hombre muerto a los huesos secos del Profeta Eliseo, fué resucitado (4 Reg., 13, 21), recibiendo vos a Jesucristo vivo, no iréis enfermo. Y si sabéis guardar lo que allí se os diere, cierto, experimentaréis la grande merced que Dios hizo a los hombres en darles licencia para comulgar, según está escrito (Prov., 27, 18): *El que guarda la higuera, comerá los frutos de ella.*

Porque de otra manera, miedo me tengo, que, como en aquel tiempo que este sagrado Pastor, viviendo vida mortal, andaba en medio de sus ovejas, usando oficio de sabio Médico y de amoroso Padre, no lo supieron estimar, y dijo San Juan Bautista (Jn., 1, 26): *En medio de vosotros está el que no conocéis*; que así ahora hay muchos, que, aunque, por conocimiento de fe muerta, creen aqueste divino Misterio, mas con la afección (13) hacen tan poco caso de él, que por gozar de él no quieren pasar un poco de trabajo en poner rienda a sus pasiones, en entender en buenas obras; antes huyen de llegarse a él muchas veces, por no obligarse a vivir con mayor cuidado y a negar en algo su propia voluntad.

Grandísima merced es estar en medio de nosotros este divino Pastor. Gran cuenta se ha de dar de tal

(12) *Ha concedido*: ha condescendido, ha accedido.

(13) *Con la afección*: con la voluntad, con el afecto.

beneficio, y recísimo castigo al que no se aprovechara de él. Tomemos mejor acuerdo los cristianos, y lo que Dios nos da para nuestro bien por su inefable bondad, no lo torne en daño nuestra negligencia.

#### 10.—*Paciencia del Médico celestial.*

Comencemos nuestra cura en confianza de tan buen Médico, que cura y da las medicinas de balde; de balde digo, en respecto de nosotros, porque a Él la vida le costó hacerse nuestro Médico y nuestra medicina y nuestro precio. Y no sólo cura de balde, mas aun paga muy bien pagado a quien se quiere curar con Él: y es Médico tan acertado, que ningún enfermo que se curare según sus reglas, dejó ni dejará de sanar.

Lo que se nos pide es, que queramos ser sanos y entendamos en nuestra cura; y aunque no sanemos luego del todo, no desmayemos por ello. La enfermedad es larga, y la salud que en esta vida se alcanza, más semejable a convalecencia es que a perfecta sanidad.

Y aunque está escrito (*Eccli.*, 10, 11) que la *enfermedad larga es cosa pesada para el médico*, no ha aquí lugar; porque aqueste Señor ámanos tanto, que no se cansa de entender, por toda la vida que sea, en curar nuestras enfermedades. Y no dice: «Pues que no sanáis luego, y no os esforzáis cuanto podéis, no quiero perder mi tiempo, ni cansarme en curaros»; no, no hay tal cosa en la condición de aqueste Señor; que escrito está de Él (*Is.*, 42, 3): *No quebrará la caña que está quebrantada, ni la vela que echaba un poco de humo, no la acabará de matar*. Pacientísimo es; y con ver que os vais mejorando en algo, os esperará a que mejoréis más; y mucho respeto tiene a nuestra flaqueza, para no dejarnos de curar, aunque no nos vea tan diligentes como era razón en pasar los trabajos de nuestra cura; y aquel poco deseo y cuidado que tenemos de nos curar, aunque flaco como fuerza de *caña quebrantada* y como calor de *vela apagada*, le mueve más a sufrirnos, esperarnos y mejorarnos, que lo que nos falta a echarnos de sí y quebrantarnos del todo.

Bien conoció el Eterno Padre la flaqueza de los hombres, y por eso el Pastor que nos envió le henchió primero de tan grandísimo amor para con sus ovejas, que por mucho que ellas tengan pesadumbres

y faltas, Él tiene mucho más sin comparación para las sufrir y llevar encima de sus hombros; y está el mismo hombre enfermo tan descontento de sí y desesperado de alcanzar salud, que él mismo no se puede ver ni sufrir, y se querría echar a los perros; [y] este Señor, que ama a sus ovejas más que ningún hombre se amó a sí mismo, no está cansado de las sufrir ni curar, y les da buena esperanza de que, no apartándose de las manos de Él, Él les dará, en el tiempo que les conviene, la salud.

### 11.—*¡Luchad y comulgad!*

Osemos acometer esta empresa de pelear contra nuestras pasiones, y contra el mundo y demonio, y contra cuantos impedimentos tuviéremos para nuestra salud, y entendamos que este Señor es favorecedor de todos los que quisieren comenzar esta guerra en provecho nuestro y en honra de Él, y que es más poderoso su solo favor para nos salvar, que todos los contrarios para nos destruir.

No te espanten, cristiano, muchedumbre de pecados que hayas cometido, no flaquezas presentes, no peligros en lo por venir, ni innumerables contrarios que parezcan muy más fuertes que tú.

Y acuérdate de que, estando Gedeón en grande aprieto por un innumerable ejército que venía contra él, le confortó el Señor diciendo (*Judic.*, 7, 9-16): *No temas, que yo te entregaré este tan poderoso ejército para que lo venzas. Y porque con más osadía acometas la guerra, desciende disimuladamente esta noche al real (14) de los enemigos, y allí oirás palabras con que te confortes.* Descendió y oyó que estaba uno contanto a otro el sueño siguiente: *Parecíame que del real de Gedeón venía un pan, hecho debajo de la ceniza, y venía revolviéndose como rodando, y entró por nuestro real, y no paró hasta la principal tienda de todas, y desde lo alto hasta lo bajo da con ella en el suelo, y que todo nuestro real era destruido y vencido.* Y dijo el otro que oía este sueño: *No es eso otra cosa, sino la espada de Gedeón, varón de Israel, que ha de venir contra nosotros y vencernos a todos.*

Lo cual oído por Gedeón adoró al Señor, y con

---

(14) *Al real*: al campamento.

buena esperanza de la victoria tornóse al real; y con solos trescientos hombres, y sin que usasen de sus armas, venció innumerable copia de gente, para que se cumpliese la verdad de Dios que el otro había soñado: Que la virtud *del pan cocido debajo de la ceniza* fué bastante a destruir el ejército de Madián.

Alabado seas, Señor, para siempre, que confortaste a Gedeón con el sueño, y a nosotros con la verdad allí figurada, y por eso nuestro confort es mayor, pues tenemos en nuestro favor al verdadero Pan Jesucristo, concebido y cocido con humildad, y en forma redonda como estaba el otro: en el cual nuestros enemigos—; sean cuales fueren, sean cuantos fueren!—serán destruídos y vencidos de los que, recibiendo este sagrado Pan, somos hechos participantes de su virtud.

Y pues el Capitán es tan poderoso, el Médico amoroso y sabio, el trabajo de la cura y de la guerra se irá poco a poco disminuyendo con la buena costumbre; las leyes de la guerra son tan favorables, que aunque uno sea herido, no por eso, sino por huir de la guerra, perderá la victoria; comencemos con denuedo nuevo partido por la honra de Dios, no confiados en nuestras fuerzas, mas en las suyas; y tomando con una mano *la trompeta* de la confesión de la fe, y especialmente la del artículo de este divino Misterio, con la otra mano *quebrantemos el barro* de nuestro cuerpo, afligiéndole con pena, para que en el cuerpo quebrantado, *aparezca la luz* de la buena vida para gloria de Dios; que con estas armas venció Gedeón a los madianitas, y venceremos nosotros a nuestros contrarios con el favor de aqueste divinísimo Pan, alto y humillado, que recibéndolo y humillándonos, nos ensalzará con poderosa virtud.

## TRATADO 10

### CRISTO ES NUESTRA CABEZA (1).

*Qui manducat meam Carnem  
et bibit meum Sanguinem, in  
me manet, et ego in eo.*

Quien come mi Carne y bebe  
mi Sangre está en mí, y yo  
en él.

(Jn., 6, 57.)

#### 1.—*Nuestra unión con Cristo.*

Para subir a las cosas altas no basta un solo escalón, ni para agotar un grande lago de agua no basta una sola vasija; y cuanto una cosa es más excelente, más nombres y más inducciones ha menester para ser declarada. Esto parece manifiesto en la cosa más excelente de todas, que es la divina Esencia; pues siendo ella una, y más unísima que ninguna de las cosas, ha menester más nombres y semejanzas, para que cada una por su parte declare algo de la infinidad de perfecciones que ella juntamente en Sí tiene.

También es notorio cuán muchas figuras, sacrificios, ceremonias, nombres, profecías y semejanzas están escritas en el Viejo Testamento para declarar la excelencia de un solo Jesucristo nuestro Señor. Y por esto no es de maravillar que, pues el Misterio que al presente tratamos, de la dulcísima unión entre Jesucristo nuestro Señor y los que bien le reciben, es tan grande, no nos contentemos con declararla con una sola metáfora de *comer* y *beber*, mas que añá-

---

(1) El tema eucarístico está velado en este Sermón, que propone con maravillosa claridad el misterio del cuerpo místico de Cristo como fundamento de la Redención y Justificación. Es dignísimo de estudiarse.

damos otras, no de nuestra cabeza, porque en cosa tan alta y tan sobre nuestro sentido, ¿quién osará seguir otro parecer que el de Dios? para que de Aquel mismo venga la lumbre con que conozcamos este tan gran bien nuestro, de quien viene el hacer la merced, y tengamos por maestro a quien tenemos por bienhechor.

La metáfora que en este presente tratado nos ha de dar lumbre para el conocimiento deste sagrado Misterio, nos la dió Dios por boca del Apóstol San Pablo, órgano muy usado para declarar *las riquezas investigables de Jesucristo* nuestro Señor (*Eph.*, 3, 8), que para Sí y para nosotros tiene; y esta [metáfora] llama por nombre de «cabeza y cuerpo» o «cabeza y miembros». En una parte dice, hablando de Cristo: *Él es cabeza del cuerpo de la Iglesia* (*Col.*, 1, 18); y en otra parte que Dios Padre *dió a Jesucristo* nuestro Señor *por cabeza de toda la Iglesia* (*Eph.*, 1, 22) y en otras partes usa de esta misma metáfora, como cosa en que hallaba particular gusto, y que entendía ser conveniente para nuestra consolación, porque declara muy al propio este gran beneficio de la unión de Cristo y nosotros.

## 2.—Adán, cabeza deshonrada de los hombres.

Había Dios dado a Adán, hombre primero, que fue *se cabeza* de todos los hombres, principio de todos ellos, y que si él permaneciera en los bienes en que Dios le crió, se derivasen de él en ellos como de una cabeza a su cuerpo. Mas porque aquella cabeza fué de mal seso, quebrantando el mandamiento de Dios, cayó en desprecio y deshonra en los ojos de Él, y fué despojado, como traidor, de los bienes que había recibido, y de otros mayores que esperaba recibir, y fué condenado a muerte y a graves penas por la divina Justicia, pues no había querido aprovecharse de su gracia y misericordia. Cabeza deshonrada, pobre y condenada, ¿qué pudo pasar a sus miembros sino lo que ella tenía? Y porque el demonio tuvo derecho sobre él, mediante el pecado, túvolo también contra sus miembros; no como quiera, sino siendo cabeza de ellos, influyéndoles de su ponzoña, y haciéndoles participantes en sus penas.

3.—*Cristo, nuestra gloriosa Cabeza.*

*¡Alaben al Señor sus misericordias y sus maravillas en los hijos de los hombres!* (Ps., 106, 8). Porque se adoleció de las miserias de ellos, y los sacó del profundo de la deshonra, y de la pobreza de las cosas espirituales, y les rescató de las penas que debían, y les quitó cabezas tan malas como era Adán y el demonio. Y no se contentó su misericordia con sacarnos de estos males, tornándonos a la honra y riquezas que antes teníamos; mas, multiplicando su magnificencia, remediónos con tanta ventaja de lo que antes teníamos, como excede el cielo a la tierra; díonos por remedio a Jesucristo su Hijo bendito; y no como quiera, mas díonoslo por *Cabeza*, cuyo cuerpo fuésemos nosotros, con lo cual quedamos, sin comparación, muy más honrados y agradables a Dios, que antes estábamos deshonrados, y que estuviéramos, si por otro modo ordenara nuestro remedio.

Pudiera muy bien su infinita Sabiduría tornarnos a dar a Adán por cabeza, o algún hombre que viniera de él, por el cual nos viniera el bien que habíamos perdido; mas para enseñar Dios las riquezas de su misericordia, y la grandeza de su amor con los hombres, y su inefable sabiduría, tomó el vaso quebrado en las manos, y no se contentó con hacerlo como antes estaba, mas hermoseólo y honrólo con muchas ventajas.

Grande honra fuera tener por cabeza un hombre bueno, y mayor tener un ángel, y mucho más un serafín, y fuéranos ocasión de alabanzas y gracias al Señor, que tanto bien nos había hecho. Pues ¿cuáles serían aquéllas que debemos dar, porque pareciéndole todo poco—no por serlo ello, sino por el grande exceso del amor que nos tiene—, nos dió por cabeza al mismo Hijo suyo y Verbo encarnado? De manera que si entonces nos pudiéramos gloriar de que teníamos honra en nuestra cabeza, y de que era Ángel nuestra cabeza, digamos ahora que tenemos una cabeza que es Dios, y seamos *una persona mística con Él*. Cosa parece ésta que espanta oyéndola, y que hace encoger al hombre, mirando su poco valor; y parécele cosa desigual, que sea él parte o cuerpo que tenga a Dios Humanado por su cabeza; mas, en

fin, llega la bondad divina hasta a hacer estos bienes a los miserables, para que se verifique lo que dijo Isaias (43, 21): *Este pueblo formé para mí, cantará mi alabanza*. Obra es de Dios, Él da testimonio de ella; creémosla, alabémosla, aprovechémonos de ella, pues tan buena fué nuestra dicha, que por la gracia de Dios nos cupiese tal suerte.

#### 4.—*Propiedades de nuestra Cabeza.*

Cristo nos es dado por cabeza; y conviéndenle muy bien las propiedades de este nombre, porque tiene con mucha verdad lo que significa.

La cabeza es más alta que todo el cuerpo, y Cristo más alto que todos los hombres y todos los ángeles.

En la cabeza están los cinco sentidos, y el regimiento y gobernación de todo el cuerpo; y en Cristo toda la sabiduría, todas las gracias, el poderío y la gobernación del cielo y de la tierra.

Y si de la cabeza descende influjo de espíritus que den movimiento y sentimiento a los miembros del cuerpo, mucho mejor descende el Espíritu de la gracia de Cristo en los suyos (2), con que viven y obran obras de vida agradable y meritoria delante los ojos de Dios.

La cabeza es de una misma naturaleza con el cuerpo; y Jesucristo nuestro Señor, por la parte que es hombre, es de una misma naturaleza con nosotros. Y por esto, aunque, por ser Dios, le pudiesen convir las otras condiciones de cabeza, mas porque no es de una naturaleza con nosotros, ni el Padre ni el Espíritu Santo no se llaman con aquella propiedad cabeza nuestra, como se llama Él, en cuanto Hombre. Había mucha distancia de Dios a nosotros; abajóse a hacerse hombre y ensalzónos a nosotros, haciéndonos cuerpo de aquel Hombre, para que así, por medio de Él y en Él, nos juntásemos con Dios, de quien tan apartados estábamos: Dios en Él y nosotros en Él; no se pudo hallar mejor medio por nuestro remedio.

Bienaventurado reino que tiene tal Rey, mucho más sabio que Salomón para saberlo regir, y mucho más rico para poder enriquecer a los suyos, y ta

(2) 3 p. q. 8, a. 3 et seqq. et q. 12.

llo de amor para con ellos, para tratarlos, curarlos y regalarlos, como lo es una cabeza para con su cuerpo. ¿Quién podrá, Señor, callar tales misericordias? ¿Quién podrá, Señor, hablar tales misericordias?

5.—*El pecado nos hace bajar la cabeza: mas por Cristo la levantamos.*

¿Qué hacen los hombres que no vienen a juntarse con esta sagrada y honrada Cabeza, para huir de la deshonra, que por ser miembros de Adán y del demonio, los tiene metidos en el profundo de la bajeza y desprecio delante el acatamiento de Dios? Sí; tienes, hombre, tantos pecados sobre ti, que no los puedes sufrir, y anda tu ánima acorvada con el mucho peso que sobre ti traes, diciendo con David (*Ps.*, 37, 5): *Mis maldades han sobrepujado mi cabeza, y como carga pesada se han apesgado sobre mí.* Sí; tus pecados pesan más que tú, y no los puedes pagar, aunque te vendan y entreguen en manos de todos los tormentos que de aquí al fin del mundo te pudiesen dar. Mas ¿qué digo? ¡Hasta el fin del mundo tanto mal! Es el pecado talento de plomo tan pesado, que sin hacer agravio ninguno, merece ser castigado con tormentos que no se acaben mientras Dios fuere Dios. ¿Qué os maravilláis que un pecador ande triste, y la conciencia herida con remordimientos crueles, fatigado, desesperado y temeroso dondequiera que esté, considerando que tiene por enemigo al Omnipotente Dios, de cuyas manos no se puede librar? Debéis vos no sé cuántos dineros, y andáis pecado y pensativo, y decís que no os entra en provecho lo que coméis y bebéis. Pues si está en la cárcel uno, y condenado ya a que pierda la vida, ¿quién osará pedirle a aquél que se alegre? Y si alguno se lo pidiere, el encarcelado no lo podrá hacer.

Liviana cosa parece el pecado cuando se comete; mas pesadísimo es después de cometido; y tal aparecerá el día que Dios viniere a juzgar los vivos y muertos, y a castigar los pecados con fuego que nunca se acabe. Cristiano, siente este peso que sobre ti has echado; porque ¡ay de aquel que, ya que no fuere para no pecar, no se le da nada de haber pecado! Mas tú, hermano. gime con el peso, mas no

desesperes; abaja tu cabeza con vergüenza y dolor; y si quieres que venga por ti un día en que la tengas ligera y aliviada de esta grande carga, y la puedas alzar sin confusión a mirar a tu Dios, yo te daré remedio muy cierto con que lo alcances.

Jeconías estaba cautivo en Babilonia, y preso y pobre en la cárcel del rey; y vino un día en que Dios le hizo merced de que el rey Evilmerodach se acordase de él, y lo saco de la cárcel, y lo vistió muy bien, y lo sentó a su mesa; y dice la Escritura, que *le levantó la cabeza* (4 Reg., 25). Si preso estás en poder del demonio, traerte ha pensamientos de desesperar; y aquellos que primero te decían: «Peca, que luego saldrás del pecado; Dios te perdonará, que misericordioso es; no eres tú solo el que haces esto; cuando quisieres harás penitencia», y cosas semejantes, con que te aliviaban la carga que te querían echar encima de tus hombros, a los cuales si tú fueras cuerdo, habías de responder (3): Quiero primero probar si puedo llevar esa carga, pues que a uno que vive de este oficio, si le piden que lleve alguna carga de una parte a otra, ase primero de ella, y prueba si la puede alzar y llevar; y si ve que no, por cosa que le den no quiere tomar sobre sí carga que lo derribe en el suelo, y lo mate o lastime.

¡Oh miserables, que en los infiernos estáis! ¿Por qué no probasteis primero, cuando os parecía pequeña la carga? ¿cuando no teníades en nada oír que el castigo del pecado es tormento del infierno para siempre jamás? ¿Por qué no probábades siquiera lo medio (4), siquiera un poco de lo que ahora decís que es incomportable, y blasfemáis de aquel que tal peso y tormento os echó a costas, diciendo que no lo podéis llevar?

Cristiano, prueba, primero que hagas el concierto, si puedes llevar el peso de la sentencia: *Ite, maledicti* (Mt., 25). Mas si fuiste tan inadvertido, que a trueco de muy vil y pequeño precio, echaste sobre ti la pesada carga del pecado mortal, no añadas mal sobre mal, ni eches sobre ti la pesada piedra de la desesperación, incomportable para sufrir, y poderosa

(3) En nota marginal, dice la edición de 1596, página 266: *Nadie tome carga de pecado sin sospesgalla primero.*

(4) *Lo medio*: la mitad.

para en un punto dar en el infierno contigo. Entiende y siente que has hecho muy mal en dar males por bienes, enojos en lugar de servicios, a tu Dios y Criador. Gime, que has sido ingrato al Señor que te compró con su sangre y muerte preciosa. Y si la muchedumbre de tus pecados, y la acusación de los enemigos, y la grandeza de los tormentos de infierno, el temor de la divina Justicia te aprietan tanto, que te quieren hacer desesperar como a Judas, vete así espinado como estás con las punzadas de dolor que te dan tus pecados, y con confianza cristiana dile a este Señor: *¡Cuán multiplicados son los que me atribulan! Muchos se levantan contra mí; muchos dicen a mi ánima, con pensamientos secretos, que no tengo salud en mi Dios (Ps., 3).* Si me dijeran que no la tenía en mí mismo, no me deshicieran, ni me desmayaran, pues que el mal en mí está, el remedio no; mas decirme que no tengo parte en vuestra redención, que me habéis arrojado de Vos, y que aunque sois Salvador, por mis grandes pecados no me habéis de salvar, esto, Señor, me desmaya mucho, y para esto os pido remedio, y que *no me vea yo sumido debajo de la tempestad de las aguas ni caído en el pozo de la desesperación y cerrada la boca (Ps., 68).*

Dadme fuerza, Señor, para que yo confiese mis pecados con esperanza de perdón, y que os diga con verdad las palabras que se siguen: *Tú, Señor, que eres mi recibidor, honra mía, y que levantas y ensalzas mi cabeza; que entre yo, Señor, con verdad, dando gracias y alabando a vuestra misericordia, que con mi voz llamé al Señor, y que oyó mi voz desde su santo Templo—que es vuestra santísima Humanidad.*

¡Oh pecadores, que tenéis los corazones espinados por haber ofendido al Señor! ¡Oh pecadores, que de verdad queréis hacer guerra a vuestras pasiones por tener paz con Dios, y comenzar nuevo partido con Dios, y por la obediencia de sus santos mandamientos y de su Iglesia sagrada! No desmayéis, que tenéis en Jesucristo remedio, según está escrito: *Los montes son para los ciervos, y la piedra es refugio para los erizos (Ps., 103).* Si no has sido leal a Dios corriendo con ligereza el camino de sus mandamientos, y no te puedes salvar por vía de la alteza e inocencia de vida, conoce tu bajeza, y que no has sido para correr por los montes; y entiende, que como Jesucristo nuestro Señor es santidad de

los santos, y ligereza de los ciervos que corren por el alteza de la vida, también es piedra puesta a la raíz del monte, que está *cavada* y hecha casa, donde reposen y sean recreados *los erizos* llenos de espinas, que son los pecadores lastimados por haber pecado. Dile—si de verdad quieres ser suyo—, confiado de su misericordia, lo que dijo David: *Señor, Tú eres mi recibidor, Tú mi honra y el que levanta mi cabeza.* Yo, Señor, me despeñé cuando caí en el pecado mortal; y por tu misericordia no caí hasta los profundos del infierno; no porque yo no lo mereciese, mas porque se cumpliesen en mí aquellas palabras dulcísimas que mandaste decir en alabanza de tu misericordia: *Cuando cayeren, no se quebrarán, porque el Señor pone debajo su mano (Ps., 39).*

Alabanzas, Señor, sean a tu bondad, que ya que mi maldad me derribó al abismo del pecado, tu bondad me guardó que no cayese en el del infierno, esperándome a penitencia para darme perdón. A Ti confieso por piadoso recibidor mío, y a mí por muy cruel ofendedor tuyo, y más duro que piedra contra Ti. Yo soy mi deshonra, porque te ofendí; y soy tu deshonra, porque fuí causa que te deshonrasen por mí; y Tú, Señor, con tu deshonra me honraste, y a boca llena te alabo y confieso por *honra mía.* Que si oso llamarte, si oso alzar mis ojos a Ti, si espero verte en el cielo, siendo tan indigno de alzar mis ojos del suelo, a Ti, Señor mío, lo debo, pues por tu sangre y Pasión espero que has de quitar de encima de mi cabeza la pesada carga de pecados que yo eché, y olvidarlos de tu memoria como si no fueran hechos, para que yo tenga corazón para vencer la confusión de mi cara, y levantar mi cabeza, no con soberbia, mas gloriándome en Ti, que libras de la confusión que tienen los pecadores, que levantas a los caídos y (Ps., 112) *del polvo y estiércol levantas al pobre, para lo asentar con los Principes de tu pueblo cristiano.*

Si mirándote a ti, gimes y te hinches de confusión, que no osas alzar tu cabeza, y mirando a Jesucristo nuestro Señor, y tomando las medicinas que en su Iglesia dejó para que tus llagas sean curadas, tienes confianza de su perdón, haces muy bien, y vendrá sobre ti la palabra divina, que consuela los tales, diciendo (Ps., 31, 10): *Al que espera en el Señor, su misericordia lo cercará, remediará y perdonará.*

6.—*Cristo humilló su cabeza para que levantemos la nuestra.*

Mas para que sepas qué debes a este Señor, para que más agradecido le seas, y mejor entiendas el misterio de la sagrada unión de Cristo con nosotros, cuya declaración pretendemos, te digo, que aunque mucho debamos al Señor porque levantó nuestra cabeza caída con el perdón de nuestros pecados, no sé si le debemos más por el modo con que nos la levantó. Dificultosa cosa es de juzgar; secretísima de escudriñar; dénos Él su santo Espíritu, al cual no hay cosa ninguna escondida, y *que escudriña las profundidades del corazón de Dios* (Cor., 2, 10) para que sepamos este secreto.

¿Qué camino veía el Señor para levantar nuestra cabeza, la cual por nuestros pecados no osábamos nosotros levantar? Por la fe sabemos que *el Verbo* de Dios se abajó a *hacerse hombre* (Jn., 1) por ensalzar a los hombres: que no se contentó con esto, pues que también Él, hecho hombre, abajó su cabeza en el día de su sagrada Pasión. Aquella corona de espinas, clarc está, que dándole golpes encima, de manos tan crueles como las de los sayones que con las cañas le herían en la cabeza, que lastimada con las espinas, se había de abajar e inclinar con el duro golpe.

¿Qué caro costaron al Señor los levantamientos soberbios de nuestra cabeza, pues que, para librarnos de la burla y tormentos que por ellos merecíamos, ofreció su sagrada cabeza a trances tan dolorosos! Allí abajó su cabeza con grave dolor, y en la cruz, cuando inclinándola dió su espíritu al Padre. ¡Oh, qué te deben los hombres, Señor! ¡Oh, cómo no miran en ello! ¡Oh! ¿cómo no huyen levantar mal sus cabezas? ¡Oh! ¿cómo no las abajan a Ti, para que Tú se las alces? Dejan perder la medicina tan preciosa y costosa que para nuestro remedio hiciste, y queremos más vivir de manera que tomes nuestras cabezas, y según está amenazado (Ps., 109), las arrojes y *quebrantes*, que no gozar de la honra de poderte mirar, que con el abatimiento de tu cabeza Tú nos ganaste.

7.—*Cristo abogó por nuestros pecados como si fuesen suyos.*

Mas ¿quién pasará adelante? ¿Quién le osará preguntar, si para levantar nuestra cabeza caída, hizo Él alguna cosa más de las dichas?

¡Oh benditísimo Señor!, gracias a tu misericordia, que con bajar tu cabeza viviendo y muriendo, mereciste que yo fuese perdonado y mi cabeza ensalzada; y con bajar Tú a ser cabeza mía y a darme disposición para ser miembro tuyo, efectuaste en mí lo que en la Pasión me ganaste. Señor, ¿qué haces cuando te haces Cabeza del hombre? Señor, ¿qué participación hay entre luz y tinieblas? ¿entre justicia con injusticia? ¿entre el templo de Dios y de los ídolos? ¿y entre Vos y Belial? (2 Cor., 6.)

Vos, Señor, ¿no sabéis que suelen los hombres avergonzarse de cuando alguna persona conjunta con ellos, comete alguna cosa fea, y tiénense por deshonorados, y tanto más cuanto la persona que comete el mal es más conjunta? Plúgoos satisfacer con dolores nuestros pecados; hiciéradnos como hacen los fiadores, que aunque pagan por aquellos a quien fían, pagan como por extraños; y no se les pega deshonra de lo que como tales hicieron, y créceles mucha honra porque pagan lo que no debían. Mas Vos, Señor, que habéis tomado por vuestras nuestras culpas para las pagar, tomáisnos a nosotros por cosa vuestra, siendo Vos tan enemigo de la maldad, tan honesto y vergonzoso, que ni aun verla, ni oírla, ni pensarla querriades. ¡Mucho debiera de ser vuestro sentimiento, de que personas conjuntas a Vos hiciesen las maldades que hemos hecho nosotros! ¿Quién sabrá este secreto, Señor? ¿Quién nos dirá qué sentiste, y cómo pediste nuestro perdón, y cómo lo alcanzaste?

Gracias a vuestra misericordia, que para consuelo de nuestras ánimas, y para manifestación de vuestro grande amor con nosotros, haya vuestra providencia ordenado que el Espíritu Santo en la divina Escritura nos haya declarado este secreto de vuestro Corazón. del negocio de nuestro remedio, tan oculto a nosotros.

Tomad, hermanos, por ejemplo, que si unos criados de un hijo de un rey hubiesen hecho una grande maldad y traición contra el rey su padre, de lo cual el hijo del rey estuviese muy sentido, y por ser muy bue-

no, estuviese como afrentado, porque cosa suya se hubiese desacatado contra su padre, y hecho fealdades indignas de que se nombrasen; y con todo esto, es tanto el amor que tiene a sus criados, que le constriñen a ponerse delante la presencia de su padre, y aunque está rogando por ellos, se le avergüenza la cara delante el acatamiento de tanta limpieza, oyendo contar cosas de tan gran fealdad, y parécele que por haberlas cometido cosa tan suya, se le pega deshonra, y esté como afrentado delante de su padre.

Cosa, hermanos, usada es ésta, afrentarse el pariente del delito que hace el pariente; avergonzarse la madre de la fealdad que ha hecho la hija: si la relata pidiendo della perdón, parécele cuenta un propio pecado que ella hubiese cometido. Por aquí podéis atinar, siendo nuestros pecados tan feos, siendo la limpieza de Cristo tan grande en cuanto hombre—que es el que pide perdón—, y siendo muy mayor la del Padre y suya, en cuanto Dios, y del Espíritu Santo, delante de quien relatan los pecados, y a quien se pide el perdón, ¿qué sentiría aquella sacratísima Anima cuando en tal tribunal lo relatase, y procurase alcanzar el perdón? ¿Queréis que lo diga el Espíritu Santo? Oíd sus palabras: *Todo el día está mi vergüenza delante de Mí, y la vergüenza de mi cara me ha cobijado, por lo que me daban en rostro y decían de Mí, y por la faz del enemigo y del que me persigue (Ps., 43).*

Y para declaración de esto, acordaos que el Profeta Zacarías (3, 1-3) vió en espíritu a nuestro Jesús *vestido de vestiduras sucias, y a la mano derecha de Él* estaba Satanás para hacerle contradicción. ¡Oh, alabado seas, mi Dios y Señor, para siempre, fuente de toda limpieza, del cual y por el cual son limpios todos los que lo son! ¿De dónde a Ti vestiduras sucias, sino de juntarte con nosotros y rodearte de nuestros pecados, tomando nuestra naturaleza para los pagar, y vestirte de ellos para desnudarnos a nosotros de ellos y vestirnos de la ropa de tu santidad? Bien sabemos, Señor, que mirándote a Ti el príncipe deste mundo, ninguna cosa halló mala de que te asir; y si el Profeta ve que *está a tu mano diestra contradiciéndote*, es en el negocio que toca a nosotros; en lo cual no estará mudo, como en lo que toca a Ti, mas tiene muchísimos males, y cosas muy vergonzosas, que con verdad decir de nosotros, porque las hicimos, y de Ti, Señor, porque las quisiste tomar a tu cargo para las

pagar. Este es el enemigo que dice David (*Ps.*, 43, 17) que *te da en cara*, y que *habla mal*, y que *te persigue*, haciendo y diciendo cuanto puede, porque no se dé la sentencia en favor de nosotros, cuyo abogado Tú eres.

Señor, si *la vergüenza todo el día* (que quiere decir por toda tu vida) *está delante de Ti*, y si *la confusión ha cobijado tu cara*, por la *faz del enemigo*, que como a marido de mala mujer, le da en rostro los adulterios que ella ha cometido, ¿qué vergüenza pasarías Tú, Señor, por ser tan honesto, y el juez de aquel tribunal, que es la divinidad, muy más honesto, en relatar cosas tan feas como se relatarían? ¡Ay de nosotros, porque las hicimos!

Señor, suplicámoste que las cuentas como maldad de gente extranjera, cuya deshonra no toca a Ti; y basta que nos alcanzaste perdón, y que en el monte Calvario seas deshonrado por mano y lenguas de malos hombres, sin que en aquel secretísimo tribunal de la divina Justicia, tengas por tuya gente de cuyas maldades te avergüences y te lastimen. Mas, ¿quién podrá acabar esto con tu encendido amor, con que estás determinado de *ser uno con nosotros como cabeza con cuerpo*, y quieres que nuestras culpas se digan culpas de los que son miembros tuyos?

Dinos, Señor, ¿cómo abogaste en aquella audiencia? ¿Cómo dijiste? ¿No tuviste empacho de confesarte por cabeza de gente tan miserable? Deseamos mucho oír lo que entonces dijiste, pues con ello alcanzaste nuestro perdón y remedio.

Otra vez gracias a tu Providencia, que ordenó que supiésemos qué fué tu estilo, qué palabras dijiste en negocio tan pesado, e imposible de hallarle remedio, si por medio tuyo no fuera.

Oigan los hombres, oigan los ángeles, oigan tus orejas, Señor, la grandeza del amor que Jesucristo, nuestra Cabeza, tiene con nosotros, que por acordarse de nosotros, no se mira a Sí; por ensalzarnos, se abaja: por obrar las obras de su misericordia, hace obras muy ajenas de Sí; y siendo más limpio que las estrellas del cielo, y más apartado de compañía de pecadores (*Hebr.* 7, 26) y de cometer pecados, que la alteza del cielo del centro de la tierra, se ha juntado tanto con los hombres, y tomádoslos por cosa tan suya en el tribunal de la divina Justicia, que pide perdón de los pecados de ellos diciendo: *Señor, ten misericordia de mí: sana*

*mi ánima, porque he pecado a Ti* (Ps., 40, 5). Otra vez: *Señor, ten misericordia de mi: sana mi ánima, porque pequé a Ti.* ¡Oh palabras tan nuevas y extrañas, y para ponernos atónitos, oír pedir *misericordia* al que es la misma *misericordia*, y pedir *sanidad* para su ánima, nunca habiendo enfermado; y decir *que pecó* el que nunca lo hizo ni lo pudo hacer!

¡Oh Rey de todos los siglos, en cuánta confusión pone a mi soberbia oír la humildísima contemplación tuya! Yo soy el que pequé, y a duras penas se puede acabar conmigo que lo conozca y confiese. Está mi ánima enferma; y ocupada en otras cosas, no siento mi mal, ni procuro el remedio. Soy mísero y miserable, y no pido misericordia de corazón; y estando Tú ajeno de todo aquesto, oigo decir a tu boca: *Señor, ten misericordia de mi: sana mi ánima, porque pequé a Ti.* Yo, Señor, huyo de que se me pegue deshonra de pecados ajenos, y por esto muchas veces desconozco mis conocidos; y véote decir a Ti: *Sana mi ánima, porque pequé a Ti.*

Contentárate—¡oh para siempre bendito!—con decir: Señor, ten misericordia de [sus] pecados, sana *el ánima dellos*; y si más quisieras honrarlos, sea con decir *ánimas de mis parientes, de mis hermanos*; y si más querías, dijeras, como la mujer cananea que alcanzó misericordia de Ti diciendo: *Ten misericordia de mí, porque mi hija mal atormentada es del demonio* (Mt., 15). Porque es señal de gran caridad llamar hijo al que no engendré, y quererlo tanto, que tengo su misericordia por mía, y digo: Ten misericordia *de mí*, habiendo de decir: Ten misericordia *de ella*.

Mas ni hay, Señor, padre, ni madre, ni amigo semejable a Ti; ni es razón de pedirte que hables como los otros, pues les excedes mucho en amar. *Sana mi ánima*, dices, Señor. ¿Cuál ánima? Una conocemos, y confesamos que fué criada e infundida en tu sacratísimo Cuerpo en el día de tu Encarnación. De ésta, aunque se dice que *llevó nuestras enfermedades, y sufrió nuestros dolores* (Is., 53), mas nunca cayó enferma de enfermedad.

Pues ¿qué ánima es ésta, que está enferma por haber pecado, y la llamas *tuya*? Nunca tal hemos oído, haber un hombre que tenga dos ánimas.

Si mi ánima es *tuya*, Señor, será ánima de tu cuerpo, y vivirá él por ella, y no ella por él, pues el ánima tiene vida de sí, y el cuerpo la recibe de ella. Mas no

es esto así; ya lo hemos dicho, que Tú, Señor, nos transformas en Ti, y no Tú en nosotros; que así como el ánima da vida al cuerpo, así Tú la das a nuestras ánimas; y así ellas, aunque en substancia sean ánimas, tienen vez de cuerpos, pues reciben de Ti la vida espiritual y el influjo de buenas obras, no como cosa que das a algún extraño, mas como cosa que das a Ti mismo.

Mi ánima es tuya, como un pie o una mano es miembro de una cabeza; y si el pie, por andar muy de prisa, tropezó y se hirió, o le dio alguno una cuchillada, a boca llena dice la cabeza: *Curadme, que enfermo estoy*. Y de esta manera dice el Señor: *Sana mi ánima, porque pequé a Ti*. Y en otra parte: *Mis delitos no están escondidos de Ti* (Ps., 68). Y también dijiste: *No tienen paz mis huesos delante de la faz de mis pecados* (Ps., 37). La voz, Señor, tuya es, como de Cabeza; mas no la dices en tu propia Persona, mas de tus miembros; que tienen lengua en sí mismos, y tiénela en Ti, Cabeza suya, para quejarse, mediante ella, de sus trabajos y pedir lo que han menester; y esto te hace decir que *pecaste*, y que nuestros pecados son *tuyos*, y pedir perdón de ellos como si los hubieras cometido; porque los que los cometimos, somos cosa tuya, somos cuerpo tuyo.

¡Oh consolación inefable para el pecador que, mediante la penitencia y los Sacramentos, quiere incorporarse en Jesucristo nuestro Señor! ¿Qué temerá pecado quien oye decir que los toma Jesucristo tan a su cargo, que dice que Él los ha hecho, y que le sañen y le perdonen? Si pide perdón para Sí, ¿cómo le será negado, pues que no lo pide de gracia, sino pagando nuestros pecados con acerbísimos dolores, con justa paga, y aun sobrada, de lo que debíamos?

8.—*Ni Cristo tiene que ver con el infierno, ni nosotros.*

¡Oh admirable misterio! Que diga el Justo: «Yo pequé, perdóname mis pecados»; y que el no tener que ver Jesucristo con el infierno, es no tener que ver el pecador, unido a Él, con el infierno; y que ser Jesucristo perdonado y salvo, es ser el pecador perdonado y salvo.

Misterio declarado en el Nuevo Testamento, y barrantado en el Viejo, aunque no del todo entendido.

Muchos maestros de la vieja Ley, leyendo aquel lugar de Isaías (45, 17) *Israel es hecho salvo en el Señor con salud sempiterna*; y el otro lugar del Profeta Oseas (1, 7), en el cual habla Dios Padre, diciendo: *Yo solo los salvaré en el Señor Dios de ellos*, maravillábanse, y oían estar encerrado en estas palabras un grande misterio, y decían: «Lugar dificultoso es aquéste, y digno de grande admiración, que la salvación de Israel esté en *ser Dios hecho salvo*.» Y en otra parte dice: *Con él estoy en la tribulación, librarle he y enseñarle he la salvación de Dios* (Ps., 4). Nota (decían estos letrados) que la salvación con que *Dios es salvo*, es salvación de su pueblo. Y desta manera dice el Profeta Zacarías (9, 9) según ellos lo leían (5): *Decid a las hijas de Sión: mirad que viene vuestro Rey justo y hecho salvo*.

¿Cómo habían de entender esta unión tan grande entre Dios y los suyos, que *la salvación de Dios* fuese salvación de los suyos, y en ser hechos salvos fuese *Dios hecho salvo*?

Veis aquí claro lo que estaba obscuro: Dios Humanado es Cabeza, y los suyos son su Cuerpo; y cabeza y cuerpo son una misma cosa. Ser la Cabeza perdonada, librada del infierno, heredera del cielo, es ser todo esto los que son su Cuerpo. El pie hecho sano, dice a la cabeza: «Sanado me habéis»; y la sanidad de la cabeza redunda en el cuerpo.

Acuse el demonio cuanto quisiere a los que se han incorporado en Jesucristo nuestro Señor, porque no hallará lo que buscaba.

«Acuso—dice el demonio—a Pedro o a Juan, que merecen el infierno, por este y este pecado que cometieron.»

Mas si aqueste tal hombre tuvo tan buen seso, que recurrió a los medios de la penitencia y de los Sacramentos, por lo cual se incorporó en Jesucristo. cuando el demonio llamare a la puerta diciendo: «Vengo a buscar a Fulano, que tengo contra él sentencia de condenación», responderá su Cabeza, que es Jesucristo, como verdadero Abogado:

«Aquí no hay ese hombre que vos buscáis; ese pecador sentenciado al infierno en desgracia de Dios, en las aguas de mi bautismo o de la penitencia se ahogó, y nació otro hombre, que no tiene nombre arrimado

---

(5) Según el texto hebreo.

en sí (6); de mi nombre se llama, miembro vivo mío es; y en mi Cuerpo no hay cosa digna de condenación. Si contra Mí tienes algún derecho, enséñalo, porque ese que buscas y yo, juntos estamos; o hemos de ir juntos al infierno, o ser libres del infierno juntos; y aunque él merecía ir allá, yo no merecía ir allá; y más fuerte es mi derecho para no ir allá, que su desmerecimiento para ir allá. Yo le he tomado por cosa mía, y le he hecho participante en mis derechos: si contra ellos tienes algo, eso alega; que si a él tocas, a Mí mismo tocas; porque él y yo somos uno. Ya una vez respondí a los que me venían a prender: *Si me buscáis, dejad ir libres a los míos (Jn., 18)*. Prendiéronme, atormentáronme, perdí mi vida en la cruz, y fui tratado como si fuera pecador: justicia es, y muy justa, que los que buscaron para castigar a quien no debía nada, que no hallen, aunque busquen, a los que eran deudores.

Haz cuenta que una manzana era tuya, o te debía algo: toméla yo, comíla, transforméla en mí; ella es yo. No tienes que ver tú conmigo, y por eso ni con él.»

*Atissimum posuisti refugium tuum, non accedet ad te malum.* ¡Oh bienaventurada penitencia, bienaventurada lágrima, preciosísimos Sacramentos, dichosa comunión, que levantan un hombre tan alto, que lo suben de sí a ser Jesucristo! ¿Qué refugio tan alto, como no llegar hasta allí el azote de la condenación? El que ha de juzgar vivos y muertos, Jesucristo es: ¿cómo dará sentencia contra Sí mismo? Pues condenar a su Cuerpo sería condenarse a Sí. Si dicen que va seguro a juicio quien tiene padre juez, ¿cuán más seguro estará quien es Cuerpo del mismo Juez?

### 9.—Escondidos en el rostro de Cristo.

¿Qué hacéis, hombres, hijos de Adán, dondequiera que estáis, que no venís a gozar de redención tan copiosa, de lugar tan seguro, donde seáis escondidos de la justicia de Dios, que no os castigue por vuestros pecados?

No se engañe nadie, no; ningún escondrijo hay donde el pecador pueda esconderse para ser perdonado, si no es en la Casa del refugio, que es Jesucristo nues-

(6) No tiene personalidad propia: se llama Cristo.

tro Señor; que *no hay otro nombre debajo del cielo, en el cual los hombres sean salvos, sino el de Cristo* (Act., 4). No os aprovechan vuestros ayunos, ni vuestras limosnas, ni otros trabajos, ni aun perder la vida. No pudo librar la yiedra al Profeta Jonás del grande calor del sol, porque un gusano se la derribó (Jon., 4, 7). ¿y podréis vosotros escapar de los encendidos e incomportables rayos de la Justicia divina? ¡Ay de aquel a quien la divina Justicia hallare descubierto y fuera desta Casa, que es Jesucristo, porque más desventura suya será, que de los que perecieron en el tiempo del diluvio, por no entrar en el Arca! (Gen., 7.) ¿Quién podrá resistir una justicia que por un pecado mortal condena a tormentos eternos? Huid, hombres, tan grande mal; venid todos aguijando, corriendo y volando a este Señor que aquí está, con verdadera fe, con entrañable penitencia; postraos delante de Él; decidle, conociendo vuestros pecados, confiando en su misericordia: «Acosado vengo, Señor, huyendo de la divina Justicia; sedme Casa de refugio; no me seáis Dios airado, mas Dios defendedor; sedme Casa de fortaleza para me defender y salvar. *Tú eres mi refugio de la tribulación que merezco. Alegría mía, librame de los que me cercan* (Ps., 31, 7); ponme cerca de Ti, enciérrame en tus entrañas, escóndeme en tu Corazón, cobijame con tu manto, para que no me hallen los que me buscan.

No hayas miedo, pecador, que si desta manera llamas, se haga sordo el Señor de la Casa; esconderte ha, y serás salvo, mejor que David cuando se escondió en la cueva de Odolán (1 Rg., 22); mejor que Elías cuando se escondió en el arroyo de Carit (3 Rg., 17); mejor que los mensajeros que iban a David, que se escondieron en el pozo por mano de la mujer (2 Rg., 17); mejor que los mensajeros de Josué, que los escondió Raab la Jericentina (Jos., 2). Un escondrijo tiene este Señor donde esconderte, que vale más que todos aquésos, aunque fué figurado en todos ellos: *Esconderlos has—dice David* (Ps., 30)—*en el escondrijo de tu faz, de la conturbación de las lenguas: defenderlos has en tu morada, de la contradicción de los hombres.* No envía Cristo al pecador, que se esconda de la Justicia divina, a la sombra de algua yiedra, de algún humano socorro; en Sí mismo lo esconde, y no dondequiera, sino en la parte más honrada de Sí, que es *en el escondrijo de su cara.*

Mas ¿qué escondrijo tiene su faz, pues es más lucente y manifiesta que el sol? ¿Sabéis cuál? *Vimosle y no tenía hermosura ni lindeza, y su gesto como escondido, y por eso no lo estimamos (Is., 53)*. Escondió Jesucristo su faz cuando se ofreció a ser escupido y desestimado azotado y coronado de espinas, y muerto en madero de malhechores. ¿Qué cosa más escondida a los ojos humanos, que ser Dios y Mesías el que así era tratado? Mas a los ojos de la fe, manifiesto está, pues creemos que, no por sus culpas, sino por quitar las nuestras, fué tratado de aquella manera. Y fué justicia, que pues cayó la maldición sobre el bendito, y la justicia sobre el inocente, y la condenación sobre quien no debía nada, que los condenados sean absueltos, los pecadores justificados, y sean abrazados con misericordia los que merecían ser condenados y maltratados con la justicia, en esta paga que pagó Jesucristo por nuestros pecados, suficiente y sobrada de lo que merecían (7).

En este escondrijo mete al pecador, que viene huyendo de la Justicia divina. Y diciendo: «Yo morí por él, yo pagué lo que él debía, él me recibe en sí mismo, yo lo transformo en Mí», no hay quien pueda sacar al pecador deste escondrijo. Y dicele el Señor lo que a la mujer adúltera: *¿Dónde están los que te acusaban? ¿Ninguno te condenó? Ni yo tampoco te condeno*; antes te hago salva, y te glorificaré en mi eternidad.

Vive, anima mía, en perpetuo agradecimiento a tal amador y tal Señor.

---

(7) Véase la Carta 59.

## TRATADO 11

### PREPARACIÓN PARA LA COMUNIÓN.

(Predicado en la Octava del Corpus.)

*Qui manducat meam Carnem  
et bibit meum Sanguinem, in  
me manet, et ego in eo.*

Quien come mi Carne y bebe  
mi Sangre, él está en mí, y yo  
en él.

(Jn., 6.)

#### 1.—Introducción.

Institución divina es que se celebren las octavas de las fiestas. Mandó Dios que la fiesta del Cordero se celebrase ocho días, y que el día octavo fuese de tanta solemnidad como el primero (*Ex.*, 12): figura de esto que tenemos presente. Ocho días se celebra la fiesta del Santísimo Sacramento, y este del día de hoy no es menos solemne que el primero. Las fiestas que Dios nos manda celebrar, mercedes son que nos hace, porque es decirnos que pidamos mercedes. Tornarnos a mandar que celebremos hoy otra vez esta fiesta, es decir: «Quizá habrá alguno que la fiesta principal celebrase tibiamente, y se haya descuidado estos ocho días; celébrese, pues, otra vez el octavo día.» Y el mismo Dios que así lo ordenó, como su intención es despertarnos a celebrar sus fiestas y a recibir sus mercedes, hanos dado vida hasta hoy para que las recibamos.

Henos aquí juntos este día, donde las entrañas de Dios están abiertas para los hombres. ¿Qué diremos hoy a nuestra Señora? (*Isa.*, 58): *Frange esurienti panem tuum, et egenos vagosque induc in domum tuam cum videris nudum operi eum, et carnem tuam ne despexeris.* Repartid, señora, con los pobres de vuestro

*pan.* —Muy bien dicho está, que aunque este Pan sea de todos, de ninguno es tan propiamente como suyo. —Pues, Señora, Aquel que es tan vuestro, comunicádnoslo a los pobres y seremos ricos.

2.—*La carne de Adán pecadora y la carne de Cristo salvadora.*

*El que come mi Carne y bebe mi Sangre, en mí está y yo en él.* Palabras son de gran consuelo; por eso me pareció no tomar otras nuevas, sino las mismas del primer día. Díjolas Jesucristo nuestro Señor, y por esto deben de ser de nosotros aceptadas con gran benevolencia y amor. Huélgase el Señor de dar a sus criaturas a entender que sin Él no hay consejo que prevalezca, ni consejo que se pueda acertar; y esto tan de verdad, que por aquel modo que el hombre pensare remediarse, si estriba en sí, permite Dios que se pierda, y por el camino que tomare para hacer algo contra Dios, le venga mal.

Muchos testimonios de éstos tenemos en la divina Escritura. ¿Qué fué el intento del demonio cuando engañó a nuestros padres? Echar a perder los hombres; ése es todo su cuidado. ¿Por qué medio? Por hablar con una mujer, y darle a entender que el manjar que Dios había criado para sustentar la vida corporal, era bastante para dar vida espiritual.

—*¿Por qué os mandó Dios que no comiésedes de este árbol?*

No se ha de preguntar *por qué*, en lo que toca al mandamiento de Dios.

—*Porque no muramos*—dijo ella.

—*Que no por eso*—dijo el demonio—, *sino porque sabe Él que en comiendo de esta fruta seréis como dioses.* Mirad; aquella manzana (o lo que es) (1), no es manjar del cuerpo solamente; sabed que tiene escondida la divinidad de Dios, *y en comiendo os habéis de tornar como dioses.*

¡Qué mentira! ¡Y qué creída! Como el demonio lo dijo, así lo creyó. ¡Manjar corporal, y que sea mantenimiento espiritual, y que tenga divinidad, y que haga dioses! Pone los ojos en él; y dice la Escritura que le pareció dulcísimo y hermosísimo—¡con tales

(1) *O lo que es: o lo que sea.*

ojos lo miraba!—, enamoróse de él. ¡Oh, cómo le sabía aquella fruta! Alza sus brazos, y cuélgase del árbol. Aquello se pagó con extender Jesucristo los suyos en la cruz y estar colgado de ella. Comió él y ella, y probaron que lo que el demonio les había vendido por manjar de vida eterna, era manjar de muerte eterna. Pasó adelante. Ella comió primero, y dió de ella a su marido. Si él fuera cuerdo, riñera con su mujer porque había quebrantado el mandamiento de Dios; mas fué tanto el amor que le tenía, y el rogar de ella, que por no entristecerla, sabiendo que era mentira lo que el demonio dijo, comió él también de la fruta.

San Pablo dice (1 *Tim.*, 2) que *el varón no fué engañado*; bien entendió la falsedad del demonio, y solamente por no dar pena a la mujer, comió. Castigólos Dios a entrambos; a la mujer en los dolores del parto, y al varón en que así como pecó en obedecer a la que él había de regir, así él sea esclavo de aquella a quien él había de mandar; y como él obedeció a su mujer, así obedezca a su sensualidad.

Lo que allí pasó, pasa en cada uno de nosotros. ¿Sabéis qué tenemos en tener dos naturalezas? Otro Adán y otra Eva. La razón, es el Adán; y la sensualidad, Eva; la manzana es el deleite, y el que convida es el demonio. Obedece el varón a la mujer; sea éste su castigo—harto mayor, por cierto, que el de la mujer, porque el pecado fué mayor en él—: que así como tú obedeciste a la mujer, así obedezcas a tu miserable sensualidad. ¿No es verdad? Cuando las mujeres sienten los dolores en el parto, tienen por verdadera la sentencia de Dios. Y cuando el hombre ve que el pecado es malo, y siente allá dentro una gana muy grande de comer de esta fruta, y la guerra que anda entre la razón y apetito, experimenta él también la verdad de su sentencia. *La mujer come* cuando la sensualidad la deleita; si la razón no consiente; no hay pecado mortal. Importuna la mujer, y combate la carne con sus halagos; la razón, en lugar de corregirla y disciplinarla, por no sufrir tal guerra, por no enojar su carne—¿quién sufrirá que una parte de sí esté enojada?—consiente en lo que quiere, y déjase vencer de ella. ¿Qué hijos nacerán de aquí? ¿De una madre loca y de un padre desbaratado? Yo os lo diré; nacemos hijos de estos hombres, una gente hecha al revés, gente desbaratada y sin orden. ¿Qué habemos de heredar de tales padres, sino que

nuestra razón ande debajo los pies de su sensualidad? Ojalá no lo experimentásemos. Eso es haber Eva, que convida tanto a la razón, que [ésta] aunque vea que es cosa mala, a sabiendas consiente en sus placeres por no la enojar. Hombres que caen los ojos abiertos, y entendiendo que una cosa es mala, consienten en ella.

De esto se veía tan agraviado San Pablo glorioso, que se llama *desdichado* y dice (*Rom.*, 7): *¿Quién me libraré del cuerpo de esta muerte?* Así pasa: veis aquí el ánima cautiva de su cuerpo. ¿Quién vive por quién? ¿el cuerpo por el ánima, o el ánima por el cuerpo? Eso los ciegos lo ven, y si vos no lo sabéis, esperad un poquito que muera, y lo sabréis, y veréis qué tal queda el cuerpo sin el ánima. No hay que dudar, sino que el cuerpo vive por el ánima. Cosa monstruosa sería vivir un ánima por el cuerpo. En la vida de las costumbres (2), por aquello vive un hombre a lo cual ama. Si la cosa que vos amáis es buena, vuestra vida es buena; y si es mala, vuestra vida es mala. El amar es el comer; y lo amado es el manjar. Pues si una ánima ama a su carne, el ánima vive por la carne, y recibe vida de la carne. Mas ¿qué tal será aquella vida? Muerte le digo yo (*Rom.*, 8): *Si secundum carnem vixeritis, moriemini*: Mirad a quién amáis, que si amáis a vuestra sensualidad, moriréis. —¿Cuándo? —Luego; que vivir según carne, es morir. *Vidua quae in deliciis est, vivens mortua est* (1 *Tim.*, 5): La vida de la viuda—dice el Apóstol San Pablo—es vida de penitencia y de trabajo; y si la viuda vive en deleites, viviendo está muerta; porque vivir según deleite, es morir. Que si el ánima vive según la carne, ¿qué tal será nuestra vida, sino muerte?

Veis aquí la urdimbre del demonio. Había hecho Dios el ánima buena; sujetóle la carne para que la carne fuese regida y viviese por el ánima. Veislo aquí todo al revés.

Señor, ¿v sufrirán tus entrañas esto? ¿Consentirá tu misericordia que la obra que Tú hiciste tan buena, la tenga el demonio tan hecha al revés? Mira, Señor, esta criatura tuya perdida por estar aficionada a su carne; remédiala.

¿Por qué está Jericó tan estéril? Porque tiene las

(2) *En la vida de las costumbres*: en la vida moral.

aguas amargas y estériles (4 Reg., 2, 20). *Dad acá un vaso nuevo*—dice el Proieta—*con sal y agua*. Echólo en las aguas, diciendo: *Esto dice el Señor: El Señor ha sanado estas aguas, y de amargas y estériles, las ha hecho dulces y fecundas*. Dicho y hecho.

«Varón de Dios», le dijeron otra vez (4 Reg., 4, 40). Salió uno al campo y cogió unas coloquintidas, y guisadas amargaban como las hieles: *Mors in olla*, etc.: La muerte en la olla... Remédialo en el nombre de Dios; toma un poco de harina y échalo en la olla: comed ahora, que la muerte se ha tornado vida.

Señor, nuestras aguas son tan amargas como todos experimentamos; guerras traemos dentro de nosotros, que nos hacen sudar; la muerte está en lo que comemos, *la muerte en la olla*. El comer se ordenó para vivir, y eso nos es la muerte. Señor, varón de Dios, Mesías enviado de Dios, Redentor del mundo, ¿sufrirán tus ojos vernos tales?

—Yo lo remediaré. Dadme un vaso nuevo; el santo Cuerpo de Jesucristo es el vaso nuevo. Hágase Dios Hombre, tome flor de harina, tome Carne nueva, Carne pura de Hombre y Dios; échese en las aguas amargas y en la olla de la muerte; la amargura se volverá en dulzura, y la esterilidad en fecundidad, y la muerte en vida. *Quien come mi Carne y bebe mi Sangre, en Mi está, y yo en él. Quien some mi Carne vivirá para siempre*. ¡Oh milagro de Dios! ¿Quién vió, por comer carne, vivir para siempre? Esa fué la invención del diablo para dar la muerte; pues ésa sea la invención de Dios para dar la vida, para que sepa el demonio con quién se toma. Si la carne causó la muerte, la carne cause la vida. Y aún más poderosa es esta Carne para dar vida, que fué aquélla para dar la muerte.

¿Queréislo ver? Más fuerte es Dios que la criatura. La carne de Adán, carne de criatura era: la carne de Jesucristo, carne de Dios es. Si mi daño me vino por carne de hombre, mi remedio me vino por carne de Dios. Carne de Adán, ¿cómo me dañó? Porque era concebida en pecado: la carne de Jesucristo, concebida por el Espíritu Santo; pues, ¿quién es más fuerte, el pecado o el Espíritu Santo? Pues si el daño nos vino por carne concebida en pecado, y el bien y el remedio nos viene por carne concebida por Espíritu Santo, mayor es la virtud de este Cuerpo para sanar, que la de aquél para dañar; mayor es esta

limpieza, que aquella suciedad; más eficaz es esta gracia, que aquel pecado; cuanto ésta excede al hombre, tanto excede mi remedio a mi mal. Por carne vino la muerte, por carne se nos da la vida.

Si eso es así, luego de parte de Cristo, todos estamos vivos, y la harina está echada en la olla. Ya va fuera la muerte, ya tenemos vida.

### 3.—Comulgad con fe viva.

No os dañará vuestra carne si no la amáis, ni os aprovechará la Carne de Cristo si no la coméis; en el comer está lo uno y lo otro. *Tomad y comed, y comiendo y creyendo viviréis.* ¿No lo dice Él así? *Quien come mi Carne y bebe mi Sangre, en Mi está.* Para que nos aproveche, menester es comer y creer. Que estáis tan lejos de estos negocios, que aun no sabéis qué cosa es este comer. Duéleme veros tan bozales (3) y extranjeros de estos Misterios. Creedme, que si los entendiédes, eso bastaría para traerlos consolados, y para haceros ricos y generosos, menospreciadores del mundo, y para que ni las cosas prósperas os levantasen, ni las adversas os derribasen.

¿No lo entendéis? ¿Qué es comer su Carne? Iros al altar y comulgad, y que se haga bien hecho. ¿No dijo el Señor que si falta el espíritu, *la carne no aprovecha?* (Jn., 6, 64) (4). Comer la carne de Jesucristo, es *estar Jesucristo en vos, y vos en Él*, comida como se ha de comer y con buena disposición.

En la Mesa del Señor mandaba Él que hubiese *pan y lumbre* (Ex., 25, 30, 37). Si os llegáis a comer a obscuras, ¡gentil negocio es! Ni sabéis a qué vais, ni qué representa esta Mesa, ni qué habéis de traer, ni cómo lo habéis de comer, ni qué habéis de desear. Vais sin

(3) *Bozales*: ignorantes.

(4) El Concilio Tridentino (ses. 13, c. 8) enseña que hay tres maneras de recibir a Cristo. Unos le reciben *sólo* sacramentalmente, y son los que hacen comunión sacrílega. Otros, *sólo* espiritualmente, y son los que se unen a Cristo con fe viva, movidos por la caridad. Los terceros, los que comulgan a la vez espiritual y sacramentalmente. De la comunión espiritual que es disposición para la sacramental, habla el B. AVILA.

lumbre, y volvéis sin lumbre, ¿qué negocio es éste? Dígaoslo Dios por su misericordia.

—¿Qué he de hacer cuando comulgo? ¿qué he de pedir, qué he de esperar, qué he de pensar?

—¿Sabéis qué es comer? Quitad allá los dientes, que no son menester aquí: *Ut qui paras dentem, et ventrem? Crede et manducasti*, dice San Agustín: Cree y has comido.

—¿Cómo es eso?

El ánima que creyere que no hay vida fuera de Jesucristo; el ánima que creyere que fuera de Él no hay perdón de pecados ni agradar a Dios, sino estando en Jesucristo; el ánima que tuviere a Cristo por manjar de vida, ya tiene una parte de lo que se requiere para comer a Cristo. Pero no basta, porque habéis de entender aquello que dice San Agustín, de la *fe viva*: Habéis de creer y amar.

Señor, a Vos mismo os habéis dado en manjar.

¿Qué tal os dais? ¿De qué manera guisado? ¿asado, o cocido?

Dicen que lo asado es más sabroso; así lo prueban los enfermos. ¡Oh bendito seas, Señor, para siempre! (*Ps.*, 85, 8): *Non est similis tui, et non est secundum opera tua*. ¿Visteis nunca tal cosa, que porque vayáis de mejor gana y con amor a comulgar y a comer su carne, quiso que fuese asada?

El Cordero mandó Dios que se comiese asado (*Ex.* 12, 9) y en asador de palo, porque fuese más clara figura de la cruz, en que la carne de Cristo se había de asar. ¡Sea la carne de Cristo asada, porque os sepa mejor! ¿No os sabe bien, decid? Porque mejor os supiese, se entregó en las manos del fuego, y allí le dieron una vuelta y otra vuelta, un tormento y otro tormento, y tantos tormentos, cuantos Él solo que los pasó los conoce. «Asenme, porque sepa mejor; ásenme bien, porque no digas que soy desamorado.» ¡Oh, qué sabroso está para quien lo gusta: *Parasti in dulcedine tua pauperi Deus!* (*Ps.* 67, 11). ¡Aparejaste, Señor; en dulzura para el pobre!

—¿Qué le aparejaste?

No dice qué; que no tiene nombre, y si algún nombre tiene, es *Maná*, que quiere decir: *¿Qué es esto?* Más es admiración que declaración. Mayores bienes tiene encerrados en sí, que lengua puede hablar, y que entendimiento puede pensar.

*Aparejaste con dulzura.* ¡Oh qué dulce estabas

cuando lo ordenaste! ¡Qué salsa tan sabrosa es este pensamiento: *Dominus quidem Jesus, in qua nocte tradebatur, accepit panem*, etc.! (1 Cor., 11, 23). ¡Qué palabras para abrasar corazones!

A la puerta de su Tabernáculo estaba Abraham, *en el fervor del día* (Gen., 18, 1), cuando convidó a los caminantes que reposasen a la sombra del árbol, y les lavaría los pies, y les daría aquel bocado de pan. A la puerta de su morada estaba Jesucristo cuando este convite ordenó, ni dentro ni fuera, y en medio el fervor de su amor; que cuando hizo esto, para salir estaba de esta vida (Jn., 13, 1), y al tiempo en que más se mostraba el fuego de su divino amor. ¡Quién viera entonces, Señor, tu Corazón! ¡Cuando los otros se olvidan de todas las cosas, te acuerdas Tú de nuestra vida! Pues en esa hora tomó el pan y lo consagró, y comulgó Él para morir, ¡y comulgo yo para vivir!

*Aparejaste para el pobre.* De manera que no se admiten a esta mesa sino pobres; y los ricos fastidiosos (5) son desechados, hasta que se humillen y se hagan pobres. ¡Qué dichoso pobre! ¡qué pobreza tan rica! Hermano, para ir a comulgar no os espanten vuestras flaquezas, no os desmayen vuestras caídas; no es este manjar solamente para los sanos. ¿No lo dijo Él así? *No tienen necesidad los sanos del médico, sino los enfermos* (Mt., 9, 12).

*Para el pobre.* ¿Quién es el pobre? Un gemido que salga de las entrañas, por veros tal, un deseo de veros remediado, un deseo de agradar a Dios, un propósito firme de no pecar, pedirle su gracia para mejoraros. Este, que no halla en sí arrimo, éste es el pobre; para éste, que va desagradado de sí a pedirle remedio, y cree que hay mayor remedio en Él que mal hay en sí; para éste es la medicina de los Sacramentos.

Así que lo primero que se requiere es *creer*: «Allí está mi remedio, allí está el que puede, y sabe y quiere dármele; allí tengo un Padre y un Hermano y un amigo que me ama mucho más que yo mismo; allí tengo lumbre para mis ignorancias, esfuerzo para mis flaquezas, rescate para mis deudas, perdón para mis pecados: allí todos mis bienes, y me los quiere dar.»

(5) Antíf. *O quam suavis...*, del Oficio del Corpus.

Si esto creyédes de veras, de otra manera os llegaríades a Él.

*El pájaro halló casa, y la tórtola nido donde ponga sus hijos*; y el hombre para los suyos, *Altaria tua, Domine virtutum* (Ps., 83, 4). ¿No habéis mirado el cuidado que tienen los pájaros de sus nidos, que es para bendecir a Dios? ¿Qué es ver una golondrina cómo hace su nido, y cría en él sus hijos, cuán a menudo los requiere? A osadas (6) que no se va a pasear, si tiene hijos. ¿Pues veis la prisa del pájaro, el ir y venir a su nido? Así haríades vos al altar; allí habéis de tener vuestro pensamiento, que son los hijos; allí ha de ser el ir y venir, y aunque no con el cuerpo, siempre, en casa, en el campo, en todo lugar acudir al nido; en el trabajo, al altar por remedio; en el bien, al altar, a regraciarlo. Si lo sintiédes, más diligentes andaríades y con más fervor.

*¡Tus altares, Señor de las virtudes, Rey mío y Dios mío!* Si creyédes esto con viva fe, no tendríades mal ninguno. ¡Qué lástima es veros cuáles andáis de pura necesidad! ¿Estás desconsolado? Vete a tu Padre, vete a tu amigo, que te está convidando y rogando que vayas a Él, y allí te remediará y hará rico de sus bienes.

*O Israel, quam magna est domus Dei, et ingens locus habitationis ejus!* (Baruc., 3, 4). ¡Oh Iglesia, y cuán grande es la casa de Dios.

—¿Cuál? ¿El cielo?

—Otra casa hay mayor. ¿Cuál es mayor, el cielo, o quien hizo el cielo? ¿Cuál es la casa de Dios, donde recibe al peregrino y extranjero? ¡Su Corazón! ¿Por qué, veamos, pensáis que permitió que se lo abriesen, sino para que viédes la casa de vuestra morada, donde os trajo encerrados treinta y tres años? En sus entrañas os tiene metidos y abrigados. San Pablo dijo (Philip., 1): *En mis cadenas y corazón os tengo*. Cuando esto dijo el discípulo, ¿qué haría el Maestro? Cuando miráredes la anchura del cielo, acordaos de la de su Corazón; no dudo sino que robaría el vuestro, y que tendríades tan gran confianza de Él, que en todos vuestros males iríades a Él como una saeta.

¿A quién contaré yo mis penas mejor que a Él?

---

(6) *A osadas*: seguramente.

¿A quién daré parte de mis males y de mis bienes, que de mejor gana los quiera oír?

Porque esto no entendéis, andáis mendigando el consuelo de aquí y de allí, buscando arrimos de caña, que al mejor tiempo se os quiebran; y, en fin, estando allí Jesucristo para tu remedio y consuelo, andas con todo desconsolado.

Esta fe es el primer diente.

#### 4.—Comulgad con amor a Cristo: entrega total.

¿Cuál es el otro diente? Amar. *Si quis non amat Dominum nostrum Jesum-Christum, sit anathema* (1 Cor., 16, 12). Quien no ama a Jesucristo, no tiene parte en Jesucristo.

¡Corazón noble, no te dejes vencer sino del amor. aunque te den todo el mundo! *Si diere el hombre toda su hacienda en pago del amor, no lo tendrá el Amado en nada*, dice en los Cantares (8, 7). Amad, amad a Jesucristo y será vuestro Jesucristo. No cuesta más. Quien le cree y le ama, ése le come, ése se mantiene de Él, ése vive por Él.

¿Y qué hará Él cuando viere que el hombre se arri-ma a El y le ama de corazón? Desnudarse ha, como hizo Jonatás (1 Reg., 18, 4) y vestirá al pastorcico con las vestiduras del hijo del rey hasta ceñirle su espada. ¿Qué hará con uno que allega arrepentido de sus pecados, y desconfiado de sí y confiado en Él, y se pone en sus manos y le dice: «Vos, Señor, os disteis (*nobis datus*) a mí, y yo me doy a Vos. Aquí, delante de vosotros, Angeles, me doy a Vos; yo vuestro y no más mío.» Si así no lo hacéis, no se os dará a vos; no se hará este truco, si no hay permutación de personas.

¿No lo veis en el matrimonio, donde el varón se da a la mujer y ella a él? Si él se hurta a ella y ella se da a otro, mayor hurto cometen que si hurtasen mucha hacienda.

¿Queréis que sea Dios todo vuestro? Sed vos todo suyo. ¿No osáis? ¡Tan duro, ¡ciego de vos!, que teméis trocaros a vos por Dios? ¿Por qué teméis daros a Él y ofreceros a su voluntad?

«Señor, yo me doy a Vos, llevadme por do quisiéredes, yo me ofrezco a vuestra voluntad, y me entre-

go a Vos; y si fuere menester que me desnude delante de escribano, también lo haré.»

Mas dirá tu flaqueza: Si así todo me ofrezco a Dios, dirá Él: «Yo quiero que te venga este trabajo o esta afrenta», y por eso no osáis.

Si por lo que vos le dais os da a Sí mismo; ¿no os atreveríades? Pues eso es comulgar, y significado y hecho en el comulgar. Toma el sacerdote el pan en las manos, y dice las palabras de la consagración; acabadas de decir, ya no hay pan; accidentes sí, pan no. ¿Quién entró allí en lugar del pan? Jesucristo. De manera que se transmutó el pan en el Cuerpo de Cristo, por la transubstanciación. Pues eso que pasa de fuera, se ha de obrar allá dentro; que los Sacramentos así son, que lo que muestran de fuera obran de dentro. Lavan os en el Bautismo el cuerpo con agua, y lavan os los pecados del ánima con la gracia del Espíritu Santo. Cuando llegáis a comulgar, haced cuenta que vos sois el pan, y que se ha de convertir en Jesucristo, para que digáis con el Apóstol San Pablo (*Galat., 2, 20*): *Vivo yo, ya no yo, vive Jesucristo en mí*. Cuando me injurian, no me injurian a mí, que ya no hay yo, sino mi Señor Jesucristo vive en mí. ¡Oh dichosa tal vida y tal dádiva!

Palabras, por cierto, bien lejos de vosotros.

Pues *si alguno quiere venir tras Mí, niéguese a sí mismo* (*Mt., 16, 24*). Mientras no dijéredes un *no* a vuestro *sí*, y un *sí* a vuestro *no*, no habéis pasado a Cristo. Habéis de pasar por el: *Cristo vive en mí, ya no yo*. Quien a Cristo enoja, a mí enoja, y quien a Cristo alaba, a mí alaba; y quien a Cristo sirve, a mí sirve; porque ya no vivo en mí, sino Él; ya se murió fulano, ya no soy yo, ya no vivo para mí, ni duermo para mí, ni trabajo para mí, ni hago cosa para mí. Viva Cristo, y muera yo en mí, para que viva yo en Él. Esto es comulgar, y esto habéis de pedir y desear. «Señor, ¡que me torne yo Vos! ¡Que de este altar no vuelva fulano, sino que como el pan se muda en Vos, así haga yo!

### 5.—*Un solo Corazón: el de Cristo.*

¿Habéis mirado cómo están los hombres? Perdidos por comer pecados. Dolámonos de esto. Muy novicio es en la Escritura quien esto piensa. Carne es amar-

se a sí mismo, y carne llama el Apóstol San Pablo (*Gal.*, 5, 19-21) a la enemistad, y a la idolatría y a las contiendas; porque todas esas cosas nacen del propio amor; y como cada uno se ama a sí mismo, de aquí viene comer cada uno su carne, y haber división entre muchos; y de la división nace la perdición, la cual quiere Cristo remediar con este divinísimo Sacramento.

Mirad qué bien lo pide la Iglesia en la oración Secreta de la Misa de esta presente festividad: *Ecclesiae tuae, quaesumus Domine, unitatis et pacis propitius dona concede, quae sub oblatis muneribus mystice designantur.* «Señor, suplicamos a vuestra Majestad que deis a vuestra Iglesia las mercedes de la unidad y paz, que hagáis a todos vuestros cristianos uno; las cuales cosas son figuradas debajo de estos dones que ofrecemos.» Lo que ofrecemos es pan y vino: el pan se hace de muchos granos, y el vino de muchos racimos; pues así como aquí de muchas cosas se hace una, y la muchedumbre se torna en unidad, así todos los cristianos, aunque sean muchos, se hagan una misma cosa.

¡Oh qué chica trompeta es mi voz, y qué poca gente para esto! ¡Aquí os quiero! Si comulgáis, ¿cómo no sois uno? La división, de Adán viene porque de él toma cada uno su carne. La unidad, ¿de dónde? De la carne de Cristo; no hay más de una carne aquí. Porque aquél amaba su sensualidad, y aquél la suya, de ahí vino la división y el cisma, y que cuando uno lloraba, otro reía. «Pues yo—dice Dios—os daré una carne sola, y será más fuerte mi carne para haceros uno, que la vuestra para haceros muchos.» Porque más fuerte es el amor y lazo que tiene el ánima con la carne de Cristo, que con su propia carne.

Si no, miradlo en los mártires. «Mucho amo mi carne—dicen ellos—, pero más amo la carne de mi Señor Jesucristo. Quiébrese este lazo que tengo en la mía, y muera yo y viva Él.»

Sois muchos, tenéis muchas carnes; yo os daré una carne sola, y será más fuerte carne, y seréis uno. Esto es comulgar. ¡Ni sabéis qué es comulgar, ni qué es comer una carne sola, ni qué es ser todos unos!

¿Sabéis qué es comulgar? Tener todos un corazón (*Act.*, 4, 32): *Erat credentium cor unum et anima una.* ¿Cómo es posible que todos tuviesen un ánima y un corazón?

No es obra de hombres. ¿Cómo se hace eso?

Ya que todos los corazones sean unos, ¿cuyo será ese corazón, para que todos los otros se conformen con él? ¿Será quizá el corazón del Rey el molde donde se han de amoldar todos los corazones? ¿Cuyo será?

No es corazón de ningún hijo de Adán, que descienda de él por vía de pecado; no es corazón de hombre mortal, que es corazón malo, corazón sucio.

¿Pues cuyo?

*Nos autem sensuum Christi habemus* (1 Cor., 2). O como dice lo griego: *Nos mentem Christi habemus*. «Nosotros—dice San Pablo—tenemos el sentido, o Corazón de Cristo», que todo es uno.

¡Oh bienaventurado hombre que tal tiene! ¡Que ande un hombre por ahí, y quizá enfermo, y quizá menospreciado de todos, y que tenga el Corazón de Dios!

Allí veis cosa baja, veis accidentes de pan. ¿Hay cosa más baja que accidentes? ¡Y tienen dentro a Dios vivo! Que sois vos hombre, y por el mismo caso cosa baja, ¡y dentro de vos tenéis el Corazón de Dios! *Nos mentem Christi habemus*.

¿Qué es ser cristiano? Tener la condición de Jesucristo.

¡Oh qué sabio es Dios! ¡Qué alto su consejo, que supo hacer para convertir el mundo! *Padre—dice Cristo (Jn., 17, 21)—ruégote, que como Tú y yo somos uno, así todos éstos sean uno, para que crea el mundo que Tú me enviaste; para que viendo los infieles tanta paz y unidad entre los cristianos, digan: No es posible sino que el Dios de éstos es el verdadero.*

Veis aquí qué es comulgar. Tanto tenéis de buen cristiano, cuanto tenéis de la condición de Jesucristo. *Aprended de Mí, que soy humilde y manso de Corazón (Mt., 11, 19). Aprended del amor que os tengo: Este es mi mandamiento, que os améis unos a otros, de la manera que yo os amé (Jn., 15, 12). ¿Qué es eso, sino tener su Corazón?*

Si me mandáis, Señor, hacer lo que Vos hicisteis, dadme vuestro Corazón.

Este ha de ser vuestro ahinco: Señor, dadme vuestro Corazón. Estas vuestras oraciones, éstas vuestras disciplinas, éstos vuestros ayunos, éste vuestro decir de Misas ¿Hay más que esto? Quien da su Corazón,

¿qué no dará? Esta es cristiandad, una gente según la condición de Cristo.

Veis un muchacho bien dispuesto, bien criado, virtuoso; decís: «Así era su padre.» El padre sacan por el hijo. Han de ser tales los cristianos, que viendo un infiel cómo perdonan las injurias, cómo viven castamente, cómo son liberales, dijese: «Así dicen que era su Jesucristo.» Esta es la cristiandad, y esto lo que prometimos en el Bautismo.

Si tenemos un corazón, ¿cómo reñimos unos con otros?

Esto es comulgar. Así como el pan deja de ser pan y se transubstancia en el Cuerpo de Cristo, así el hombre deja de ser quien era y entra en el Corazón de Cristo.

#### 6.—*Tesoros que tenemos en Cristo.*

Señor, ya que yo me atreva a todo eso, y diga que haga de mí lo que quisiere, y que su voluntad sea la mía, y Él entre en mi corazón como entra en la substancia del pan, ¿qué haré yo? ¿Qué será de mí?

—¿Qué hace el pan? ¿No se muda en Él?

—Sí.

¿Pues por qué no os mudaréis vos en Él?

Escondida es a vosotros esta palabra: *Et volucres coeli latet* (Job, 28, 21). ¿No somos los hombres codiciosos? ¿Dónde está nuestra codicia? ¿Cómo no viene aquí? Siquiera por codiciar bien tan grande, de lo que nos dará nos habíamos de aficionar. Haráos este Señor bien, daros ha su divinidad. No entendáis que viene allí sólo su Cuerpo; la Sangre viene, y el Anima viene junta con el Cuerpo, y la persona del Hijo de Dios unida con Anima y Cuerpo, y el Padre y el Espíritu Santo juntamente con el Hijo. Atreveos a dar ese *cornadillo* (7) (Mc., 12, 42), y daros han en truco todo esto.

¿No lo entendéis? ¿Pensáis que es pequeña cosa Jesucristo, no digo en Sí mismo, sino aun para vosotros? ¿Pensáis que tenéis poca cosa en Él? ¡Si hubiera muchos Pablos que nos dijeran lo que tenemos

---

(7) *Cornadillo*: cornado (de coronado), moneda antigua de cobre con una cuarta parte de plata. Tenía grabada una corona; valía un cuarto y un maravedí.

en Jesucristo! (*Ephes.*, 3, 8): *Mihi autem omnium Sanctorum minimo data est gratia haec, in gentibus evangelizare investigabiles divitias Christi, et illuminare omnes, quae sit dispensatio Sacramenti absconditi a saeculis in Deo, qui omnia creavit.* «A mí, el menor de los Santos, me fué hecha esta merced.» Vaso escogido, dijo Cristo de él (*Act.*, 9, 15), para llevar mi nombre delante los reyes y de todas las gentes; pero yo le mostraré los trabajos que ha de pasar en llevar mi bandera.

¡Qué merced me ha hecho Dios! «Que anuncie a las gentes las investigables riquezas de Jesucristo y declarar a todos qué (8) sea la ordenación de Dios en este misterio escondido», de dar a su Hijo a los hombres. Si hubiese lenguas que os dijese los bienes que tenéis en Jesucristo, más ricos os hallaríades que si tuviérades todo el mundo. Por eso echáis mano del dinero, por eso buscáis consuelo en las criaturas, porque no sabéis lo que tenéis en vuestro Criador.

¿Qué os da, veamos? Cásase el rey con una esclava; comunícanse a la esclava los bienes del rey, y de la honra del rey se le da a ella, salvo que a ella honran por él, y no a él por ella. ¿Haría deshonor al rey el que a su mujer no honrase? Hónrente, Señor, los hombres y ángeles; y glorificante para siempre, que así nos honraste. *Tu es gloria mea, et exaltans caput meum* (*Ps.*, 3, 4). Si miro a mí, luego se me caen los ojos de vergüenza; mas cuando miro a Ti, luego hallo de qué gloriarme. *Tú eres mi honra*, Tú mi santa jactancia, Tú mi santa altivez; en Ti me honraré y me gloriaré. Porque después que recibiste mi naturaleza por esposa, después que me tomaste por hermano, después que me hiciste miembro tuyo, y Tú mi Cabeza, e hiciste a todos uno en Ti, ya Cristo y cristianos es todo *un Cristo*, como dice San Agustín. ¿Qué honra puede haber que a ésta se iguale, ni a estas riquezas? ¿Quién tendrá envidia a los altos del mundo, pues lo más bajo de esto es más alto que la alteza de los reyes? Decidme, con qué ojos mirará Dios Padre al que ve casado e incorporado en su unigénito Hijo. Y ¿cómo le faltarán riquezas al que se aplican las de Jesucristo?

Sabed, hombres, conocer a vuestro Bienhechor, y aprovechaos de sus inmensos trabajos que por vos-

(8) *Qué*: cuál.

otros pasó. Sabed cierto, que aquel pasar de tormentos, de azotes, espinas y clayos, y aquellas deshonras tan sin medida, y aquella vida y muerte preciosa, todo era atesorar merecimientos para sus hijos, y como piadosísimo Padre y fortísimo peleador, salió al campo con la lanza en la mano, no derramando ajena sangre, mas la propia suya; murió en la bajeza y pobreza de cruz por dejar ricos a los que quisieren con debido aparejo recibir sus riquezas; las cuales son tantas, que si un hombre, gimiendo su propia maldad, recibiere como debe el sacramento de la Penitencia y este divinísimo Cuerpo del Señor que presente tenemos, puede con santa osadía decir (Ps., 117): *Abridme las puertas de la justicia, y entrando por ellas bendeciré al Señor.*

—¡Oh hombre! ¿y qué pides? ¿Entiendes bien lo que dices, en pedir que se te abran *las puertas de la justicia*? ¿Quién eres tú para nombrar nombre de *justicia*, habiendo menester ser perdonado por misericordia?

—Pues no dijo mal, ni merece reprehensión el que aquesto dijo. Porque aunque, mirando el penitente a sí mismo, no tiene cosa justa que alegue en el tribunal de Dios para ser perdonado, mas mirando a que los trabajos y merecimientos de Jesucristo se le aplican a él por la penitencia y los Sacramentos; el perdón y la gracia, que mirando a él se le dan por misericordia, mirando a Jesucristo se le dan *por justicia*, como dice San Pablo (1 Cor., 1, 30), que Cristo nos es hecho *justicia*, porque debiendo nosotros los tormentos de nuestros pecados, los pagó Él con tanto exceso, cuanto va de paga de Dios a deuda de hombres; para que, conforme a la buena disposición que el hombre llevare, participe, según su modo, de aquella riqueza tan sobrepujante.

Y por esto pide el hombre que le abran *las puertas de la justicia* de Cristo, y *entrando por ellas*, dice que *alabará al Señor*; porque viendo que de sí mismo merece infierno, y que por la Redención de Jesucristo se lo perdona[n], y le dan gracia con que sea hijo de Dios y heredero del cielo, es lleno de tanto gozo y admiración de la bondad divina que tal remedio dió para los miserables, que *todos sus huesos dicen: Señor, ¿quién hay semejable a Ti?* (Ps., 34, 10).

Estos tales piensan de buena gana en Jesucristo, como en piadoso Bienhechor; celebran devotamente

la fiesta de su Santísimo Cuerpo, y váñseles los ojos del cuerpo y del ánima tras de aquella santísima Hostia consagrada que allí está, creyendo con firmísima fe que allí está encerrado el verdadero Jesucristo, su Esposo, su Cabeza, su Hermano y Señor; su preciosa honra, su bien y su Dios; el dador de la gracia y de la gloria.